



3. QUERIDA TIERRA

¡No sabes lo que me costó irme a vivir a París cuando cumplí los 16 años! Haber nacido en Borgoña, una región llena de viñedos, es una huella que me marcó para siempre. Vivir en contacto con la naturaleza era una fuente de alegría y además las viñas me enseñaron en silencio muchas cosas: parecían feas y secas durante el invierno, pero al llegar la primavera se llenaban de hojas y más tarde empezaban a crecer los racimos que, al final del verano, daban unas uvas exquisitas. Al pasar la vida me di cuenta de que también a las personas hay que darles tiempo para crecer y florecer cuando les llega su momento, no cuando a nosotros nos parece...

En París echaba de menos el contacto directo con el campo, poder tener algún animal en casa, como aquel cordero recién nacido que me regalaron cuando era pequeña, que me seguía a todas partes y que se quedaba quieto a mis pies cuando me sentaba... Toda la vida me gustaron mucho los animales y a veces me metían en líos, como cuando supe que iban a hacer desaparecer las crías de una gata y me las arreglé para esconderlos y que no los encontraran. Ya puedes comprender el cariño que me tomó la gata, a pesar de su fama de animal arisco...

Cuando volví a vivir en una casa que tenía un jardín grande con viñas, me llevaba conmigo a las novicias a vendimiar y aprovechaba para comentar con ellas las palabras de Jesús: *"Yo soy la verdadera vid y vosotros los sarmientos..."* La naturaleza me pareció siempre un libro abierto en el que se puede descubrir a Dios y escuchar su voz...

Recuerdo un día en que, jugando al escondite en el jardín del colegio, las niñas pisaron las flores y como me enfadé mucho, las llamé y les dije: "Habéis acortado la vida de esas flores, les habéis privado de alabar a Dios el tiempo que hubieran vivido. Y además, Juan el jardinero ha gastado mucho tiempo en cuidarlas..." En el fondo, lo que quería hacerles ver es que el universo nos está continuamente hablando de su Creador y que tenemos que vivir muy atentos poder escuchar su lenguaje en el que hay miles de ecos que son como la voz de Dios. Sólo nosotros podemos celebrar su grandeza y unirnos a la canción de alabanza que todas las cosas hacen a su Creador. Todos pertenecemos a la misma familia de la "madre Tierra" y tenemos que tratar a todos los seres como sujetos y no como objetos, dialogar con ellos, escuchar lo que tienen que decirnos, amarlos y respetarlos.

Cuéntame si te sientes en armonía con la naturaleza, si te gustan los animales y, si tienes alguno, qué es lo que aprendes y sientes cuidándolo...

Te quiere,
SOFÍA